El Hornero de Llorente

Arturo Abella

Segunda edición

TEMIS

EL FLORERO DE LLORENTE

Abella Rodríguez, Arturo, 1915-2006.
El florero de Llorente / Arturo Abella Rodríguez. -- 2a. ed. -- Bogotá : Editorial Temis, 2012.
208 p. ; 24 cm.
Incluye índice.
ISBN 978-958-35-0911-7
1. Florero de Llorente - Historia - Colombia 2. Criollos - Historia - Colombia 3. Colombia - Historia - Guerra de independencia, 1810-1819 I. Tít.
986.103 cd 21 ed.
A1363867

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

ARTURO ABELLA

EL FLORERO DE LLORENTE

Segunda edición

EDITORIAL TEMIS S. A.
Bogotá - Colombia
2021



ANTES QUE EL LIBRO CIENTÍFICO MUERA

El libro científico es un organismo que se basa en un delicado equilibrio. Los elevados costos iniciales (las horas de trabajo que requieren el autor, los redactores, los correctores, los ilustradores) solo se recuperan si las ventas alcanzan determinado número de ejemplares.

La fotocopia, en un primer momento, reduce las ventas y por este motivo contribuye al aumento del precio. En un segundo momento, elimina de raíz la posibilidad económica de producir nuevos libros, sobre todo científicos.

De conformidad con la ley colombiana, la fotocopia de un libro (o de parte de este) protegido por derecho de autor (copyright) es ilícita. Por consiguiente, toda fotocopia que burle la compra de un libro, es delito.

La fotocopia no solo es ilícita, sino que amenaza la supervivencia de un modo de transmitir la ciencia.

Quien fotocopia un libro, quien pone a disposición los medios para fotocopiar, quien de cualquier modo fomenta esta práctica, no solo se alza contra la ley, sino que particularmente se encuentra en la situación de quien recoge una flor de una especie protegida, y tal vez se dispone a coger la última flor de esa especie.

© Arturo Abella, 2021.
© Editorial Temis S. A., 2021
Calle 17, núm. 68D-46, Bogotá.
www.editorialtemis.com
correo elec.: gerencia@editorialtemis.com

Hecho el depósito que exige la ley.

Revisión a cargo de Alberto Bernal Ramírez

ISBN 978-958-35-0911-7
2611 201200054400
ISBN e-book 978-958-35-1291-9

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, por medio de cualquier proceso, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Esta edición y sus características gráficas son propiedad de Editorial Temis S. A.

NOTA DEL REVISOR

No agobiaré al lector con la transcripción de los comentarios que hice recientemente en una nota similar a esta respecto de "*Don Dinero*" *en la Independencia*, obra del mismo autor, en su nueva edición por Temis. Baste indicar que los originales manuscritos o mecanografiados de *El florero de Llorente* tampoco se conservan y que la primera edición (Bedout, varias veces reimpresa) ofrecía suficientes inconsistencias como para justificar un intento de unificación de usos gráficos (*Real Audiencia*, *Corona*, *Su Majestad*), un examen atento de la puntuación, siempre variable y hasta relativa, y el cambio de algún término aislado (*bisbís* por *bisbús*...). Nunca fue posible establecer si los casos inciertos se debían a la intención del autor o a errores de terceros, pero era necesario resolver las dudas aun con el riesgo de producir nuevos yerros. Aquí es del caso reiterar la advertencia con que cerré la nota aludida:

> Ante cualquier hecho que se presentara como una salida del canon, se imponía una decisión, y por tanto un cambio minúsculo —pero uno más— en el material. Y esta es la responsabilidad que asumo ante usted, lector, y la razón de ser de la nota que está terminando de ojear: confío en haber acertado las veces en que me aparté de los antecedentes y los desconocidos originales, pero, cuando encuentre en el texto una fórmula que le desagrade, impútemela y exonere al maestro.

Alberto Bernal
Junio de 2012

PRÓLOGO

Bajo este título ha escrito Arturo Abella un libro ciertamente delicioso. De la estirpe de "El Carnero" de Rodríguez Freile, se diferencia de éste que es una crónica maliciosa y juguetona de la primitiva vida colonial, en que refiriéndose a hechos históricos, no puede considerarse obra de historia. El de Abella sí lo es, por la copiosa documentación en que está fundado y por el cuidadoso análisis de los hechos a que se refiere. Caso singular en nuestra literatura histórica, que no suele estar constituida por obras amenas y notorias por su estilo u otras calidades literarias. Nuestros historiadores podrían dividirse en dos grandes sectores: el uno lo presidiría la figura austera y respetabilísima de don José Manuel Restrepo, exacto en los hechos, muy parco y seco en los juicios y desdeñoso del ropaje literario; el otro, por la benemérita y grata figura de don José Manuel Groot, también exacto en la narración de los hechos, más cuidadoso en la forma literaria, pero dijérase que un poco sobrecargado de moralidades apologéticas, disculpadas por el mismo título de la obra. Tras esas dos magnas figuras de nuestra literatura histórica, se agrupan en años posteriores muchos nombres, algunos eminentísimos, como el del general Posada Gutiérrez, que podría formarse en la hueste de Groot. No son escasos los que escribieron historia con un objeto preconcebido de encomiar o deslustrar algún personaje, algún régimen, o un partido político. Después, abundan los cultivadores de la historia que descuellan por la acumulación de datos y el descubrimiento de documentos, agolpados en forma indigesta, fatigosa, a lo largo de la obra, generalmente con propósitos políticos o sentimentales distintos de la historia en sí misma. De suerte que el anuncio de uno de estos libros si mueve a la lectura de los aficionados, suele atemorizarlos la dosis de fastidio que parece inevitable en obras históricas de autores colombianos.

El libro de Abella es todo lo contrario. De un inmenso interés narrativo, de una simpatía cordial en la exposición y de una muy notoria novedad en los aportes documentales que lo constituyen, se deja leer como una novela, sin perder su carácter de obra histórica. Pudiera decirse que es un gajo desprendido de los "Episodios Nacionales" de don Benito Pérez Galdós, cuya primera serie es una obra magistral de amenidad y de interés.

Pero la obra de Abella no permite ninguna clase de generalizaciones. Debe considerarse como un retrato fidelísimo de un pequeño episodio entre

otros mil del gigantesco drama que le tocó vivir a la humanidad y en el que nuestro país y nuestros antecesores fueron escenario y protagonistas. Este episodio fue un chasquido —y no de los principales— en el desmenuzamiento y derrumbe del imperio español y, sólo como parte de ese gran todo, debe estudiarse y calificarse. El mismo Abella incurre en inadvertencias al generalizar una conclusión de los hechos que narra, en el sentido de que la Independencia fue prematura. Basta aplicar el criterio de que ella fue una circunstancia o detalle de un gran conjunto, para deducir que tal conclusión no aparece fundada.

El imperio español es uno de los capítulos más importantes de la historia humana. Una ligerísima ojeada sobre el telón de fondo que necesariamente tiene el libro, lo muestra con claridad. El hecho magno del descubrimiento de América, realizado bajo el patrocinio de los Reyes Católicos, que dieron ocasión a la obra fecunda, sabia y justiciera de la gran Reina Isabel y a que se desplegaran las admirables dotes administrativas del Rey Fernando, coincidieron para formar la base de ese imperio gigantesco. Unamuno anota en alguna parte que la gran desgracia de España fue la muerte, en plena juventud, del príncipe Juan, hijo de los Reyes Católicos. El príncipe murió de amor porque fue llevado al himeneo en la primera adolescencia, acaso por razones dinásticas y por prejuicios religiosos de costumbres. Entonces el imperio vino a caer en las sienes de Juana La Loca y del príncipe extranjero que fue su esposo muy amado, con lo que el imperio hubo de soportar un golpe fortísimo en los primeros años de su existencia. Intervino el brazo robusto del Cardenal Cisneros como regente y luego apareció la extraordinaria figura de Carlos V, pero que por su sangre germana y por los deberes y derechos a ella anejos, dispersó la atención y los deberes políticos de España por toda Europa, por todo el universo de la tierra. El imperio donde jamás se ponía el sol. No hubiera mediado esta circunstancia, la acción de España se habría consagrado más concretamente al mundo americano, que descubrió y pobló, sin tener que atender a los intereses de Alemania, de Italia y los Países Bajos. La figura del emperador fue colosal y en la guerra y en la administración y en el manejo de los hombres descollaron sus inmensos talentos. A la voluntaria abdicación del emperador se dividió el reino de España y sus colonias, del imperio y de los intereses europeos. Los primeros pasaron a su hijo Felipe II, grande pero compleja figura histórica oprimida a lo largo de su laboriosa vida por dos grandes militares. Por una parte, la de su padre, el último emperador de Occidente verdaderamente de a caballo, como nos lo reproduce el retrato de El Ticiano; por la otra, la de su hermano natural, héroe de la jornada "más gloriosa, al decir de Cervantes, que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros". Hombre laboriosísimo, obsesionado por la necesidad de la grandeza de su cargo, no le fue dado exhibir talentos militares ningunos, pues carecía de ellos. En

vida y en muerte ha dado lugar a los más contradictorios pareceres. Cervantes lo consideraba en el cielo, cuando expresó en su célebre soneto "Al túmulo de Felipe II":

"Apostaré que el ánima del muerto por gozar de este sitio, hoy ha dejado la gloria donde vive eternamente..."

El Greco lo pintó en la gloria en una de sus obras famosas y, por contraste tremendo, el gran poeta romántico alemán lo hace figurar en su drama como el símbolo de la maldad y el parricidio, con toda la exageración y falsificación histórica que parece característica de ese tiempo y de esa moda literaria.

La decadencia

Siguió Felipe III, aquel rey que fue capaz de espiar a la reina tras unas cortinas de palacio, de donde surgió el asesinato del Conde de Villamediana, crimen de estado que fue recordado en Colombia, en tiempos contemporáneos, con ocasión del asesinato de Mamatoco. Después Felipe IV, el rey que tuvo como valido al Conde-Duque de Olivares, cuya gestión política está magistralmente descrita en las páginas del Gil-Blas de Santillana. Luego, tras reinado poco notorio, vino el lamentable de Carlos II *el Hechizado*, aquel pobre enfermo, retratado por Carreño, cuyo paso por el trono fue una larga y penosa exhibición de decadencia y afrentosa debilidad. Posteriormente, los episodios de la guerra de sucesión, el advenimiento del rey francés nieto de Luis XIV, que determinó en la vida española un fenómeno de decadencia porque violentaba las costumbres y tradiciones del generoso pueblo español en todos los órdenes de las actividades humanas. Fue la época del "afrancesamiento" y de la entrada de la monarquía bajo la influencia foránea. Después sobrevino el período de Carlos III, tan discutido, con tantas cosas buenas y tantas malas, que se hicieron sentir hasta en los últimos confines de la monarquía. Posteriormente, el reinado de Carlos IV, buen señor, a quien puede decirse que las actuales generaciones han conocido personalmente por los retratos de Goya que de él y de su familia se conservan en el Museo del Prado. Época infelicísima, de deshonor, en que la figura de Godoy, favorito de la reina María Luisa, preponderaba sobre la ineptitud y la ridícula incapacidad del rey y cubría de vergüenza a todos los súbditos de la monarquía. En esas manos había venido a caer el imperio español, cuando se desató el huracán napoleónico que hizo conmover, hasta sus bases, todos los reinos de Europa. La capitulación de Bayona fue una página lamentable. El pueblo español, superior a su soberano, no capituló y las colonias tampoco aceptaron la dominación extranjera. El movimiento del 20 de Julio fue una natural y legítima protesta contra el intruso, análoga a las que se habían verificado en las diversas provincias peninsulares.

Causas de la revuelta

Coincidía éste con una efervescencia que años atrás se estaba creando en toda América contra la dominación española, no sin causas muy justificadas. Abella muestra cómo las quejas por exclusión de cargos públicos de los criollos hechas por algunos de los próceres no eran fundadas, porque muchos de ellos, casi todos, habían participado en la administración y en los contratos que ésta les otorgaba. Pero es inútil desconocer que para entonces existía un sentimiento de profunda hostilidad entre los chapetones y los criollos, que se puede comprobar con testimonios irrebatibles. Los ilustres marinos españoles Ulloa y Jorge Juan, cuyo informe es tan valedero, lo afirman en diversos puntos de sus escritos. El barón de Humboldt, cuyos conceptos imparciales merecen todo el acatamiento de las generaciones siguientes, afirman que hasta los más pequeños empleos de las rentas de tabaco y de otras contribuciones eran nombrados en Madrid y los funcionarios mandados desde allá, lo que naturalmente desagradaba profundamente a los naturales de América. Consta igualmente que los nombramientos de virreyes eran objeto de venta y que las sumas que ésta producía ingresaban a las arcas de la corte voraz, corrompida y decadente. En la base de la Independencia hubo un profundo fermento de malestar económico. Las disposiciones de protección a los naturales que siempre dictaron los monarcas, desde Isabel *la Católica*, se obedecían pero no se cumplían e invariablemente se quedaban escritas. Fue un malestar económico por las exacciones tributarias lo que originó el movimiento de los comuneros. "Viva el Rey, abajo el mal gobierno", fue el grito de Manuela Beltrán. Abella anota las varias equivocaciones del gobierno colonial en el tratamiento del proceso de Nariño y la inutilidad y funesto influjo de las diversas prisiones del prócer. Anota también los estragos que desde entonces hizo el sistema del control de precios, que cuando no se aplica con una completa generalidad, engendra irritación y justo resentimiento. Aparentemente se controlaban los precios de los frutos de la tierra que producían los encomenderos —chapetones—, para beneficiar a los indígenas, pero se dejaba libre, a favor de los chapetones, la introducción de géneros como las sedas y los paños. Desde entonces el control de precios, aplicado por sectores o fragmentariamente, origina amargas quejas y enconados resentimientos.

El soporte principal del imperio era el profundo afecto y respeto por el monarca, pero, para que estos sentimientos tengan sólida base, es necesario que los merezca la persona que los recibe. Por desgracia el descenso del personal regio fue tan vertiginoso, que de figuras gigantescas vino a dar en míseras y lamentables. Entonces, la sola invocación de la majestad del rey suena a imposición falsa y resulta irritante. Con la degradación de los monarcas corrió pareja la de la Corte y la grandeza. Los americanos que viajaban al viejo Continente se impresionaban del modo más amargo por la comparación en-

tre el atraso, la ignorancia y la decadencia de Madrid con otras cortes europeas, siendo así que ninguna de ellas recibía tan cuantiosos tributos como los que América enviaba a la península. Esto los avergonzaba y deprimía. Es un hecho innegable la escisión profundísima que en la población americana se presentaba por aquellos tiempos. Al respecto parecen definitivos algunos testimonios.

Criollos y europeos

El desvío entre los criollos y europeos fue aumentando al calor de la rivalidad con que se disputaban los cargos civiles y eclesiásticos. Ulloa y Jorge Juan, para citarlos una vez más, han descrito esta situación mostrando "como ya en su tiempo era clara la línea divisoria que dejaba a un lado los criollos y a otro los peninsulares". Estos autores apuntan además un detalle de gran interés. Observan que "aun en el caso de los jesuitas, con ser la religión más cauta, la más advertida, la más sabia, y la que enseña con su gobierno y prudencia a las gentes para que sean más avisadas, había sido imposible evitar esta disensión. Los colegios de los jesuitas son depósitos de sujetos de todas las naciones, porque en ellos hay españoles, italianos, alemanes, flamencos y todos viven con unión entre sí, a excepción de europeos y criollos, que es el punto crítico en donde no cabe disimulo: siendo así que el gobierno de ellos, bien discurrido con la más sabia reflexión, una veces recae en los criollos y otras en los europeos, sin más regularidad que la del mérito y aptitud de cada uno, pero faltando asunto a unos y a otros sobre que fundar la discordia, los europeos se valen de la ineptitud de los criollos para algunos ministerios, y éstos se despican dando a entender a los otros que los llevan comprados de España en la misma forma que los esclavos para que sirvan en ellos, cosa irrisible verdaderamente entre sujetos tan serios y sabios como aquellos. Esto prueba que la solidaridad criolla no se polariza tanto contra los españoles por ser españoles como por ser europeos, es decir forasteros rivales en el mercado de los cargos y de los honores".

La cita anterior —de estas a otras igualmente dicientes de los mismos autores— muestra una realidad que predomina en todo el continente americano cuando confluyeron sobre ese estado de espíritu las circunstancias políticas de la época. No es posible, por tanto, considerar aisladamente la emancipación del virreinato de la Nueva Granada, sin advertir los que se producían en los virreinatos, capitanías y presidencias del dominio español. Por lo tanto, no parece bien fundado aislar el fenómeno que nos interesa por considerarlo prematuro.

Es conveniente, oportuno y laudable el análisis minucioso de los sucesos históricos; pero así como no sería acertada la opinión de un clínico que se

empecinara en observar al microscopio una mínima parte del organismo enfermo, limitando a esa observación circunscrita sus apreciaciones y diagnósticos, desentendiéndose del estado general y de todas las restantes modalidades de la enfermedad, tampoco pueden aislarse unos sucesos de las ocurrencias coetáneas cuando éstas acaecen, como fue el caso, a lo largo de todo un continente.

El libro de Abella es altamente recomendable por la exquisita gracia con que está redactado, la abundancia de detalles históricos y el interés que no decae a lo largo de todas sus páginas. Mas no debe tomarse como un juicio global sobre un acto histórico, sino como una contribución muy valiosa y meritoria para el conocimiento de uno de los aspectos del gran drama del derrumbamiento del imperio español.



LAUREANO GÓMEZ

NOTA DE LOS HIJOS DEL AUTOR

Tal como en la reciente reedición de "*Don Dinero*" *en la Independencia* hecha por esta Editorial, queremos expresar nuestros más sinceros agradecimientos a quienes directa o indirectamente nos han brindado su franca colaboración para la buena marcha de estos trabajos.

Y es honroso destacar ahora, con profundo reconocimiento, la muy gentil, experta y gratificante presentación que el historiador Fabio Roberto Zambrano ha sabido elaborar en forma especial y con suma precisión para esta nueva edición de *El Florero de Llorente*. Con su autoridad y sus condiciones intelectuales, el profesor Zambrano consigna, en lo que para nosotros es un excelente análisis técnico, la significación del autor y sus obras en la historiografía de ese período de la vida nacional.

Retomamos igualmente palabras ya dichas para agradecer al muy apreciado amigo Alberto Bernal Ramírez, quien ha sido nuestro verdadero guía en todo sentido y un apasionado impulsor tanto en la reedición de "*Don Dinero*" como en esta bienvenida reimpresión de *El Florero de Llorente*. Gracias al celo que desplegó durante su arduo proceso, ambas publicaciones alcanzan el óptimo nivel que, nos atrevemos a decir, bien merecía nuestro entrañable autor, para quien fue *El Florero* su logro investigativo de predilección. Conocedor y admirador de la obra del "incorregible" periodista e historiador que fue papá, no podía otra persona asumir el tentador desafío de revisar dos textos de la más "alta fidelidad" histórica e idiomática. Con la fina y prudente meticulosidad de un hábil restaurador, pero además con criterio, agudeza y tesón comparables a los de nuestro sagaz "comino Abella" (como afablemente lo bautizara algún avezado homólogo suyo), el profesor Bernal ha sabido rescatar rigurosamente la originalidad, la esencia y el inconfundible estilo personal del autor.

Su esmerada labor trajo a nuestra memoria aquellas ya distantes pero tan amenas tertulias caseras en que mamá y papá, consumados académicos javerianos, tenían la costumbre de repasar sus poemas o, con sin igual humor, librar amistosas y para nosotros memorables batallas gramaticales, porque a menudo al "maestro" Abella no le quedaba otro remedio que inclinarse ante los irrebatibles aciertos de su constante esposa, Lilia Pachón Gómez. Verdadero "soldado desconocido", como solía apodarse en burlón pero afec-

tuoso reclamo, mamá corrigió tras bambalinas muchos escritos de papá y, cabe recordar, participó incondicionalmente en las anteriores ediciones de ambos libros.

Altruistas y genuinos ángeles custodios de la pureza de su querido idioma, es probable que sigan siéndolo hoy aún, de donde quiera Dios que nos estén observando. Porque no puede ser simple casualidad que otro diestro y acérrimo defensor del lenguaje, a más de profesor de literatura javeriano, como lo fuera papá, tomara para sí la responsabilidad de este difícil cometido por iniciativa propia y con el ferviente entusiasmo con que otrora lo hiciera mamá.

A nuestros conmovidos ojos, estas inopinadas coincidencias claramente nos dan fe de los inexplicables pero afortunados designios del destino: la escrupulosa tarea de Alberto Bernal no sólo revive documentos que ya creíamos refundidos para siempre en los meandros del olvido, sino que, al infundirles nueva sangre, engrandece ostensiblemente esa prodigiosa vena por la que, de generación en generación, viene corriendo la llama de la pasión literaria y en la que acontece el providencial relevo del espíritu de quienes, con inquebrantable empeño, persisten en cultivarla para mantenerla viva. Así lo cumplió nuestro infatigable autor a lo largo de su letrado camino, y ahora en el suyo, lo sigue perpetuando con brío su revisor.

María Mercedes, Andrés y Daniel Abella.

EL AUTOR Y SU OBRA

José Arturo Abella Rodríguez nace en Bogotá el 18 de octubre de 1915. Hijo mayor del Capitán Saúl Abella Prías, cadete precursor de la Escuela Militar en 1907 —fallecido en combate de servicio a los 33 años— y de María del Carmen Rodríguez Jiménez, hogareña ama de casa aficionada al piano, que al enviudar asume la educación de su hijo con la ayuda de sus hermanos y con el temple de 'cachuchona', como se llamara familiarmente a las esposas de militares. Su tío Juan Antonio Rodríguez, editor del diario conservador La Unidad y fundador de la Editorial Minerva, primera imprenta de la ciudad, a la que acuden sobresalientes historiadores, literatos y personajes políticos, lo inicia desde pequeño en el arte de la tipografía y le infunde el gusto por la prensa escrita y la curiosidad crítica del pensamiento político. De ahí parte la vocación del autor, quien, tras terminar sus estudios secundarios en la Escuela Nacional de Comercio, egresa de la Universidad Javeriana en 1944 como Doctor en Filosofía y Letras y Profesor Laureado de Historia, Literatura y Periodismo.

Ya de joven universitario se desempeña como corrector de pruebas y secretario de redacción de la Revista Javeriana. A mediados de los años cuarenta publica su primer ensayo biográfico, trabaja como jefe de redacción del hebdomadario Justicia Social y se abre paso como corresponsal y jefe de redacción de la oficina en Bogotá del diario El Colombiano y más adelante como jefe de redacción del periódico El Siglo. Al despuntar los años cincuenta incursiona en el mundo político como secretario privado de los presidentes Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez; empero, se inclina más por su pasión de periodista e historiador. Dicta muy apreciadas clases que van afianzando su personal estilo de relatar los sucesos, ejerce como comentarista de la emisora La Voz de Colombia, dirige la Radio Cadena Nacional, y la Radiodifusora Nacional hasta su cierre en 1953. Al poco tiempo, contrae matrimonio con Lilia Pachón Gómez, Doctora en Filosofía y Letras javeriana, de cuya unión nacen sus hijos Daniel, Andrés y Maria Mercedes. A principios de los años sesenta asume la Dirección de El Siglo tras haberle dedicado gran parte de su alma y vida profesional, consolidando así su carrera periodística.

Sus columnas *Aquí Bogotá* y *Alta Fidelidad* lo destacan como hábil analista político, de atinada clarividencia y perspicaz sentido del humor. Realiza concluyentes reportajes de gran coherencia a altos mandatarios cuya proba objetividad lo sitúa entre los más respetados periodistas y de mayor credibilidad de la época. Al término de los años sesenta, tras dirigir el radioperiódico Rueda Libre, aparece por primera vez en televisión con un breve comentario en el programa Ventana al Mundo. Dirige el noticiero del debatido primer canal privado del país, TV-9 Bogotá (el famoso Teletigre), y a inicios de los años setenta lanza su propio noticiero matinal, *Telediario 7 en Punto*, que por su buena acogida pasa a la hora de mayor sintonía y propulsa su imagen y su ocurrente frase célebre '*Fuentes de alta fidelidad me informan...*', con la que iniciara el relato de sus 'chivas' políticas o primicias informativas, sin jamás revelar el origen. En 1976 estrena *El Día Histórico*, programa que, junto con sus apariciones en los debates televisivos de RTI, le vale la Mención Especial en los Premios Nemqueteba. Después de casi dos decenios, y en apogeo de audiencia, *Telediario* cierra sus puertas, no sin dejar huella en el corazón de muchos colombianos, pero también en la historia de la televisión colombiana por ser uno de los primeros programas emitidos a color y porque su pionero director impone un nuevo estilo de noticia, más comentada que leída, al introducir la mesa de trabajo conjunta en los noticieros, incorporar a las primeras mujeres periodistas informativas y, finalmente, sembrar las semillas de la descentralización noticiosa en diferentes puntos el país.

Los años ochenta lo ven retornar a sus viejos amores. Adelanta sus escritos; vuelve a su cátedra universitaria, donde entrega su vasta experiencia con el mayor desprendimiento, lo que le merece el justo epíteto de *Maestro del Periodismo*. Colabora con las emisoras Caracol, RCN, Santa Fe y Todelar y con los diarios El Tiempo, El Colombiano, El Espectador, El Heraldo y El País. Asimismo, en su calidad de antiguo Director y leal columnista, participa en la reestructuración de su preciado periódico hoy llamado El Nuevo Siglo. Por los años noventa colabora como Jefe de Información de la Academia Colombiana de la Lengua, a la vez que integra el Consejo Nacional de Televisión en representación de la misma. Para cerrar con broche de oro su trayectoria televisiva, regresa a las cámaras con sus dos últimos programas, *Vida del Idioma* y *Diga y No Diga*, emitidos por el Canal 11 (hoy Señal Colombia), difundiendo así la que fuera su férrea lucha por la corrección del lenguaje.

Ameno conversador, de expresión pausada, con ese auténtico acento bogotano "rolo", de sagaces apuntes y salidas que bien caracterizaban su agudeza, la crítica aplaudió desde un principio su estilo escrito califi-

cándolo de innovador porque, a diferencia de los clásicos manuales de historia, el autor ofrecía una fértil narrativa de ingeniosa descripción del detalle, con la que sabía cautivar el interés del lector como si estuviese refiriendo una entretenida novela, pero a su vez transmitiendo un completo análisis de nivel histórico. Si bien se elogió igualmente la prolífica documentación en que fundaba sus escritos, mucho más controvertida fue la obstinación con que la escudriñaba minuciosamente en su innato afán rebelde de dar con la verdad y así restituir la realidad escueta de la historia que a menudo se había falseado para privilegiar subjetivos intereses. De hecho, lo anterior inspiró tajantes opiniones adversas, y en ocasiones se le acusó de contravenir valores patrios.

Su obra incluye: *Núñez* (ensayo biográfico y tesis de grado, Editorial Pax, 1945); *Entrevista con España* (Editorial Cosmos, 1952); *Melo* (ensayo biográfico, Colección Fénix, 1957); *El Florero de Llorente* (Talleres Antares, 1960 y Editorial Bedout, 1964); *Don Dinero en la Independencia* (Editorial Lerner, 1966 y Ediciones Tercer Mundo, 1967); *Así fue el 9 de Abril* y *Así fue el 13 de Junio* (Ediciones Aquí Bogotá, 1973); *Faldas pero también Sotanas en la Regeneración* (Ediciones Tercer Mundo, 1986); *Sangre y Misterios de la Plaza de Bolívar* (Ediciones Tercer Mundo, 1987); *Grandes Metidas de Pata en la Historia Colombiana* (Ediciones Martínez Roca, 1996), y *Laureano Gómez* (ensayo biográfico, Planeta Colombiana Editorial SA, 2000). Comenzó a dictar sus memorias y una compilación idiomática de su programa *Diga y No Diga*, trabajos que infortunadamente quedaron inconclusos.

Cumplidor profesional, de gran generosidad, excelentes relaciones humanas y finas maneras, hincha de Millonarios, amante del pasillo santafereño, ferviente admirador de la Madre Patria, fiel a sus principios, a su ciudad, a su país y a su línea política, no faltaron duras pruebas en su camino, pero conservó hasta el final su franca risa, reflejo de la fuerza de vida con que vino al mundo. Se extinguió en Bogotá el 18 de febrero del año 2006, a los 90 años de edad, y sus cenizas reposan en la Capilla del Santísimo de la Parroquia de Cristo Rey junto con las de su esposa, su mejor colaboradora, que lo acompañó durante todo su recorrido.

Otras recompensas que recibió: *Medalla al Mérito de las Comunicaciones Manuel Murillo Toro* (Gobierno Nacional), *Collar de la Gran Orden de Isabel la Católica* (Gobierno español); *Cruz de Gran Oficial de la Orden de Vasco Núñez de Balboa* (Gobierno de Panamá); *Grado Máximo de la Confederación Colombiana de Consumidores*; *Orden del Mérito Civil y Título de Comendador* (Gobierno español); *Socio Honorario de la Casa de España y del Club Militar Central*; *Orden de Rafael Núñez en Grado de Comendador* (Asociación Nacional de Sociedades

de Mejoras Públicas de Colombia); reconocimiento como *Socio Emérito* y *Orden de la Libertad de Prensa Antonio Nariño* (Círculo de Periodistas de Bogotá); nominación como *Miembro de la Academia Colombiana de Historia y de la Academia Colombiana de la Lengua* y reconocimiento de la Cadena Radial Colombiana —Caracol— en los 50 *Años de la Televisión Colombiana* (*Glorias de la Televisión*).

ANDRÉS ABELLA